

Martín trayendo un pan de azúcar moscabado.—¿No tiene ojos hermano?—dijo el Superior. ¿No ha visto que por lo prieta, más parece chancaca que azúcar?—No se incomode su paternidad—contestó con cachaza el enfermero.—Con lavar ahora mismo el pan de azúcar se remedia todo.—Y sin dar tiempo á que el prior le arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

Crear ó reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra.

Y aquí noto que, habiéndome propuesto hablar sólo de los ratones sujetos á la jurisdicción de de fray Martín, el santo se estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grauo, digo, á los ratones.

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista; pues hasta el año de 1552 no fueron esos animales conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que, con cargamento de bacalao, envió á nuestros puertos un don Gutiérrez, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron á los ratones con el nombre de *hucuchas*, esto es, salidos del mar.

En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era todavía una curiosidad, pues, relativamente, la familia ratonesca principiaba á multiplicarse. Quizá desde entonces encariñóse por los roedores, y viendo en ellos una obra del Señor, es de presumir que diría, estableciendo comparación entre su persona y la de esos chiquitines séres lo que dijo un poeta:

el mismo tiempo malgastó en mí Dios que en hacer un ratón ó á lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba, en el convento, las funciones de enfermero, los ratones campaban, como moros sin señor, en celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno, en el Cuzco y en seiscientos pesos, á don Diego de Almagro, el Viejo.

Aburridos los frailes con la invasión de roedores, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfer-

mería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertólo el lego y, colocándolo en la palma de la mano, le dijo:

—Váyase, hermanito, y diga á sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas, que se vayan á vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento la ratonil muchitanga abandonó claustros y se trasladó á la huerta. Por supuesto que fray Martín los visitó todas las mañanas llevando un cesto de desperdicios ó provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.

Mantenia en su celda nuestro buen lego un perro y un gato, y había logrado que ambos animales viviesen en fraternal concordia. Y tanto que comían juntos en la misma escudilla ó plato.

Mirábalos una tarde comer en santa paz cuando, de pronto, el perro gruñó y encrespóse el gato. Era que un ratón, atraído por el olorillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubriólo fray Martín y, volviéndose hacia perro y gato, les dijo:—cálmense, criaturas del Señor, cálmense.

Acercóse, en seguida, al agujero del muro y dijo:

—Salga sin cuidado, hermano pericote. Paréceme que tiene necesidad de comer: apropícuense, que no le harán daño.

Y, dirigiéndose á los otros dos animales añadió:

—Vaya, hijos, déle siempre un lugarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón sin hacerse del rogar, aceptó el convite, desde ese día comió en amor y compañía con perro y gato.

R. . . y . . . y . . . ¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

RICARDO PALMA.

Callao, 1890.

## Las Cocineras.

Pues, señor, hasta las cocineras tratan de regenerarse de una manera prodigiosa.

Ya no quieren servir! Se han dado de alta y ascendido las más á señoras de rompe y rasga. Las pocas y malas que nos quedan, hay que contemplarlas, rogarlas, enamorarlas y todos los acabados en *arlas*, para lograr que sirvan una cocina, con mala voluntad, mala comida, en medio de conti-

nuas amenazas y refunfuños de abandonarlas, sin darnos que almorzar ó de comer, cuando menos se piensa y exponiéndonos á intempestivo ayuno.

Parece que cualquier suceso de trascendencia, religioso ó político, tuviera relación con las ollas, sartenes, pilones ó piedras de moler, que las cocineras han abolido como una mala Constitución, para reemplazarlas por el ocio con colorettes, chinelas y polizón.

No exageremos: ya no existe una cocinera que sirva para algo, ni menos dure largo tiempo en una casa. Les agrada la variación; recorren todas las cocinas, pero no permanecen en ninguna.

Hoy nos refería un amigo lo que sigue: "Hace un año que mi esposa ha recorrido una legión de sirvientas, y la que más, duró solo un mes! Debo ser franco: mi esposa es un poco delicada y regañona: le gusta todo bien hecho y que la cocina marche con mucho aseo." Estas insinuaciones que antes se hacían á gritos y con impaciencia, ya no se pueden decir ni aún con voz suave y cariñosa.

Ay! de la señora que observe á una sirvienta que el plato está mal *fregado*, los cubiertos mohosos, el chocolate ahumado ó cruda la comida, pues por toda respuesta da una coleada ó sale refunfuñando para la cocinera, diciendo: que ella no está acostumbrada á que la injurien; que ella ha estado con doña Fulana y con el doctor Perensejo, y que nunca le pusieron defectos á sus servicios; y que si siguen molestándola. . . Ahí me tiene Ud! Qué hacer? No se encuentra quien la reemplace: hay que aguantar comida salada, arepa cruda, platos sucios y cubiertos mohosos.

No, por Dios, decía una señora: ya no puedo aguantar á la destrozada de *ña Rosa*; aunque tenga que arremangarme, tomaré la cocina para evitarme disgustos. He cambiado este año más de veinte sirvientas, á cuales más presumidas y desaseadas, la que más me duró solo un mes.

¿Y después esas son las que arden. . .

Le interrogan: porqué salió U. de donde doña Quiteria?

Ay! no me recuerde U. esa maldita vieja, tan regañona y miserable: ahí fué donde aguanté más hambre que un maestro de escuela. Valiente señora para económica!

Y, esto á tiempo que todos sabemos que es una matrona respetable es caritativa, y que mantiene su casa muy abastecida: donde todos los sirvientes comen hasta reventar.

Pero, que quiere U? Este es el prurito de todas las cocineras: desacreditar toda casa donde han servido. De ahí el llamar cocinero al que es charlatán y chismoso.

Dice una señora á su marido: se va *ña Chica* hijito; qué hacemos?

—Y por qué se va?

—Porque le dije que *fregara* mejor los trastos que siempre los deja engrasados.

—Tan sólo por eso se enojó?

—Si, sólo por eso, y dicho con suavidad.

—Jesús! que motivo para volverse pólvora.

—No hay remedio, tendré que ir á la cocina.

—Y no se encuentra otra que la sustituya?

—No, hijito, hace más de quince días que estoy bregando por conseguir otra, y no podido; *ña Bruna* está criando, *Josefa* de novia, *Juana* con un uñero y *ña Ursula* dice que no cocina más, porque le hace daño el calor del fogón.

—Y la negra Claudia?

Ah! Claudia se ha regenerado; el sacristán le puso casa, zapatos y polizón, volviéndose *ña* porque señora no será jamás.

—Válgate Dios! con que Claudia ascendió de cocinera á mujer de tono?

—Y de sirvienta pasó á ser servida.

Ah tiempos! Ah costumbres!

Hace días que las criadas están revolucionadas á fuerza de oírnos decir que todos somos iguales ante la ley: necia interpretación; porque todo será; menos que seamos iguales ante la sociedad. Las cocineras ocupan el piso bajo y las demás gentes, según su escala, los pisos altos.

Hé aquí la notable diferencia con las pobres cocineras!

Y vaya U. á ver la clase de sirvientes que se han emancipado de la cocina. ¿Qué hacen para morir? Unas recorren cuantas casas pueden, disputando mejor salario á tiempo que sirven peor.

No son de mucha confianza que digamos: á las señoras que sirven se les pierden halajas, pañuelos y *tabacos*: de la despensa desaparecen antes de tiempo: el dulce, queso, huevos, chocolate, plátanos, etc. etc; y dicen que sufren hambre! El mejor bocado es para la cocinera, que se llena primero que su amo, chapuseando y probando los manjares. Muchas tienen hijos, maridos, padres, á quienes también cuidan con la despensa de la casa donde viven. Y todo